



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie. Año II 2015 Núm. 3

ÍNDICE

	Pág.
José Carlos Gimeno Granero: Presencia de la Sagrada Escritura en la experiencia y la espiritualidad de Santa Teresa	1
José Carlos Gimeno Granero: Cultura bíblica de Santa Teresa de Jesús	21
Raúl Francisco Sebastián Solanes: ¿Antropología teológica o mística? Aproximación a la filosofía de lo femenino en Ismael Quiles, SJ	37
Nicolás Sánchez García: El valor de la familia	
José Seguí Cantos: El patriarca Ribera 400 años después. Las últimas líneas de trabajo y retos para el futuro	
Alfonso Esponera Cerdán: Joaquín Alfabra (1658). Noticias de la vida y escritos de Bonifacio Ferrer	
Salvador Castellote Cubells: Condiciones de posibilidad para un conocimiento histórico	
Salvador Castellote Cubells: Un ejemplo de interpretación histórica del delito y el pecado. Francisco de Vitoria, Francisco Suárez y... Juan José Tamayo	
Frederic Oriola Velló: Cap a una introducció a la marxa de processó valenciana	
Recensiones	
Publicaciones recibidas	

ESCRITOS
DEL VEDAT

PRESENCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA EXPERIENCIA Y LA ESPIRITUALIDAD DE SANTA TERESA

*Por José C. Gimeno Granero, o.c.d.**

RESUMEN

Teresa de Jesús, la mística castellana del siglo XVI es una enamorada de la Sagrada Escritura. Es algo que nos puede sorprender si conocemos la época en la que vive la Santa de Avila en la cual la Biblia es un libro escaso y difícil que sólo se puede leer en latín.

Sin embargo, Teresa tendrá acceso indirecto al texto bíblico por medio de los libros de espiritualidad de la época, por los sermones que oiga y por el trato que tenga con algunos confesores. Para ella la Biblia es, ante todo, regla de fe y fuente de vida espiritual, su libro amado, palabra viva y siempre actual de Dios. Pero Teresa no tiene un conocimiento técnico de la Biblia, es exégeta desde la experiencia, entiende aquello que experimenta y que refleja en sus escritos, plagados de textos bíblicos, aunque las referencias no sean siempre precisas por el hecho de que no tiene una Biblia al lado donde encontrar la cita exacta; su cultura bíblica es de ideas. Con todo, la Sagrada Escritura será fuente de experiencia de Dios y fundamento de la doctrina que expone en sus escritos.

ABSTRACT

Teresa de Jesús, the sixteenth-century Spanish mystic, is a lover of Holy Scripture. This is something that may surprise us if we know the time in which the Saint of Avila lives, when the Bible is a scarce and difficult book that can only be read in Latin.

* Facultad de Teología San Vicente Ferrer de Valencia (España).

However, Teresa will have indirect access to the biblical text through books of spirituality, sermons that she hears, and through the relation with her confessors. For her the Bible is, above all, rule of faith and source of spiritual life, her beloved book, and the always alive and present God's Word. But Teresa doesn't have a technical biblical knowledge, her exegetical knowledge comes from the experience, she understands what she experience while reflecting all that on her writings, full of biblical texts, although the references are not always accurate because she has no Bible at hand on which to contrast the exact data; her biblical culture is about ideas. In spite of all, the Holy Scripture will be source of God experience and basis of the doctrine that she exposes in her writings.

PALABRAS CLAVE

Biblia, Experiencia, Regla de fe, Fuente de verdad.

Santa Teresa de Jesús, Teresa de Ávila, la mística castellana del siglo XVI tiene una gran veneración por la Sagrada Escritura. En ella encuentra la fuente de su vida espiritual y, desde ahí, de la doctrina que nos ha transmitido. Para ella la Palabra de Dios es norma de vida, punto de referencia a la hora de discernir su camino espiritual, su experiencia de Dios. Prueba de ello es el texto que transcribimos a continuación y que habla por sí mismo:

“Sabía yo bien de mí, que en cosas de fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pondría yo a morir mil muertes” (V 33, 5).¹

Puestos a referir el amor y el estudio que los cristianos han hecho a lo largo de los siglos de la Sagrada Escritura, difícilmente encontraríamos un testimonio tan vivo y apasionado como el que acabamos de transcribir. Y no podemos hacer una presentación mejor del tema que la palabra misma de Teresa, dado que ésta nos ahorra todo esfuerzo por ponderar la importancia que la Biblia ha tenido en su vida, y va a tener en sus actitudes y en su pensamiento.

¹ V = *Libro de la Vida*.

En este trabajo presentaremos algunos hitos que definen y enmarcan su amor, su veneración y su conocimiento de la Biblia; así como la incidencia que ha tenido en su vida y en sus escritos.

El lector puede quedar sorprendido al no encontrar ninguna nota bibliográfica a pie de página, como suele ser habitual en cualquier trabajo de esta índole. No es un descuido o una negligencia del autor, ni siquiera un desconocimiento. Se trata de algo intencionado. Lo que se pretende en este estudio es presentar los textos en los que la Santa de Ávila habla del tema que nos ocupa con la finalidad de que el lector oiga lo que dice Teresa y no lo que se dice de ella en este ámbito.

Sin embargo, para que la presentación de los textos teresianos y las diferentes facetas del tema que estudiamos sea ordenada y fácil de seguir por el lector, utilizaremos como base el artículo citado, insistiendo en que se trata solamente de un medio que facilite la lectura de este trabajo.²

1. LA SAGRADA ESCRITURA, REGLA DE FE Y FUENTE DE VIDA ESPIRITUAL

Para Teresa de Jesús la Palabra de Dios es regla de fe y fuente de vida espiritual. Para ella, la Sagrada Escritura no se limita a ser el objeto de su lectura, de su reflexión o su meditación, la Santa de Ávila va más allá; se puede decir, sin miedo a exagerar, que la Palabra de Dios es regla de vida, algo que incide en su vida y que es capaz de transformarla, de modelarla; en definitiva, de convertir su vida en Historia de Salvación.

En una lectura rápida y sin profundizar, nos resulta imposible percibir un amor especial de la Santa por la Biblia, como libro de alimento espiritual, como vemos en santa Teresa del Niño Jesús; Teresa de Jesús no parece que acuda a la Sagrada Escritura para buscar su vocación ni para alimento diario de su vida espiritual, aunque confiesa que no podía hacer oración sin tener un libro al lado; veamos lo que nos dice Teresa al respecto.

“En todos éstos, si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era

² RUIZ, A., “Biblia”, en *Diccionario de Santa Teresa de Jesús*, T. Álvarez (ed.), Burgos 2001.

como una compañía o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada. Porque la sequedad no era lo ordinario, mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma, y los pensamientos perdidos; con esto los comenzaba a recoger y como por halago llevaba el alma. Y muchas veces, en abriendo el libro, no era menester más; otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía” (V 4, 9).

El libro al que se refiere es el Evangelio o las Epístolas y Evangelios que parece ser que tenía en la traducción de Ambrosio de Montesinos antes de que fuese publicado el “Índice” del que hablaremos después.

A primera vista, parecen más importantes algunos libros de oración o devoción y otros libros espirituales de la época, aunque se trata simplemente de una impresión. Incluso, cuando va al Cartujano, libro de riquísimo contenido y sabor bíblico, lo hace para buscar en él las señales que han de tener los que comienzan y aprovechan y los perfectos para entender está con ellos el Espíritu Santo, para ver si se dan en ella misma; así nos lo dice en V 38, 9.

Tampoco nos da la impresión, como decíamos antes, de que la Santa vaya espontáneamente a buscar en la Biblia el alimento espiritual; más bien al contrario, los textos bíblicos y la inteligencia de los mismos está provocada por los momentos espirituales que vive. Las situaciones mismas le traen a la memoria algún texto que ha leído u oído y lo entiende y vive desde la experiencia. Ella misma confiesa que no es curiosa en saber cosas ni se le da nada de saber más. Teresa entiende los textos bíblicos desde su experiencia y no desde la teoría. Estamos ante una gran revelación de cómo la Palabra de Dios, leída u oída, ilumina su vida cotidiana.

Pero, a pesar de lo que acabamos de afirmar, hay que decir que para santa Teresa la Sagrada Escritura es, ante todo, regla de fe y de verdad a la que quiere sujetarse en todo. De ahí esa preocupación de que su vida espiritual, sus gracias místicas, vayan en todo conformes con las verdades Sagrada Escritura, porque para ella la conformidad o ajuste de esas gracias a la Escritura es la única garantía del origen divino de las mismas y de no ser engañada por el demonio; es el único camino para llegar a la verdad y para andar en la verdad. De ahí ese amor a los letrados, los peritos en la Sagrada Escritura, y de consultar tanto con ellos buscando siempre un discernimiento tal como veremos más adelante.

A partir de la revelación o experiencia sobrenatural que tiene de la Sagrada Escritura como Verdad, descrita en el capítulo cuarenta del libro

de la Vida, y que marca, sin duda, un paso decisivo en sus relaciones con la Palabra de Dios, su convencimiento de que la Palabra de Dios es norma de fe y verdadera luz se intensifica, así como su certidumbre y seguridad de que es una fuente pura y limpia de vida espiritual.

No se trata de que existan textos explícitos en los que la Santa afirme que la Biblia es una fuente de vida espiritual, aunque siempre la usa y la mira desde esa perspectiva. Pero existen muchas fuentes y razones para probarlo. Pensemos que Teresa no tiene siempre una Biblia completa al lado como la podemos tener nosotros; su única fuente son las palabras de la Biblia que ha leído o escuchado.

Así se entiende que lo de “siempre fui aficionada” –se entiende a la Sagrada Escritura– no se refiere a una afición puramente natural o literaria, sino que se trata de una afición provocada por el bien que hacía a su alma, por ser fuente de vida espiritual, porque la recogían, es decir la introducían en una oración de recogimiento, en un trato de amistad con quien sabe que la ama. Es lo que experimentaba ya de niña con el evangelio de la Samaritana, al que era muy aficionada. La afición al Evangelio es un aspecto de su mucha afición a Jesucristo. El evangelio es Jesucristo.

La Santa tiene experiencia de que las palabras de Dios son palabras de vida, de vida espiritual. Lo ha experimentado muchas veces en su propia persona, en las que el Señor le ha hablado por sí mismo y en las que le ha hablado a través de su palabra escrita. Por eso le pide al Señor la gracia de traerlas siempre en su pensamiento.

Quien así pide al Señor, quien así se maravilla, cuánto se esforzaría por parte suya para tener siempre presentes las palabras del Señor. De hecho, la presencia de la Sagrada Escritura, sea implícita o explícita, en sus escritos es la prueba clara de este constante recuerdo y meditación de las palabras de Dios.

Después de esta exposición, breve pero densa, que nos sitúa en el tema que es el objeto de nuestro estudio, haremos una exposición detallada del tema que nos ocupa.

2. LA BIBLIA, UN LIBRO ESCASO Y DIFÍCIL

Si para estudiar un autor hay que situarse en su tiempo y en su contexto, esto se hace especialmente necesario al referirnos al tema de la

presencia de la Sagrada Escritura en la espiritualidad teresiana. Solo de esta manera puede entenderse una afirmación necesaria que en la actualidad podría resultar extraña: Teresa no ha tenido una Biblia, ni siquiera tuvo la ocasión de hacer de ella una lectura completa como la podemos hacer nosotros actualmente, se tendrá que conformar con leer algunos fragmentos que encontrará en los libros espirituales que están a su alcance. Ella, lectora precoz, a ejemplo de su padre e inducida por él, que “tenía buenos libros para que leyesen sus hijos” (V 1, 1); y tan amiga ella misma de libros desde la infancia, hasta el punto de decir que si no tenía libro nuevo cada día, parece no tenía contento, no ha tenido ni podido tener ni leer la Sagrada Escritura como libro completo. Ni siquiera en la casa de su tío Don Pedro, ha tenido la ocasión de hacerlo en los tiempos en que Teresa, víctima de una enfermedad extraña tras su ingreso en el monasterio carmelitano de la Encarnación de Avila, dedica al descanso y a la reflexión, a la lectura complaciente de los buenos libros que su tío tiene y que Teresa tanto aprecia (V 3, 4).

Teresa, lectora voraz, no pudo leer la Sagrada Escritura por el hecho de que la Biblia no estaba al alcance de cualquiera; solo circulaba en latín para uso de los estudiosos. Ciertamente, existían traducciones parciales de algunos de los libros del canon bíblico, así como de los textos que se utilizaban en la liturgia; incluso existe una traducción completa de la Biblia de Ferrara, editada el año 1553. Pero, después de debatir el tema en el Concilio de Trento en el año 1546, si bien no se toma decisión alguna al respecto, los teólogos españoles se pronuncian por la conveniencia de que no se hagan traducciones de la Biblia al castellano –en romance, diría Teresa– ante el temor, apuntado por Carranza, de que personas simples y sin letras, hagan mal uso de las mismas. Son tiempos del alborar del protestantismo, y la Inquisición vela cuidadosamente porque la Biblia no esté al alcance de personas sin una formación sólida. De ahí que, apenas empiezan a publicarse las ediciones en castellano, las prohíbe. Así lo hace en el “Índice” publicado en Toledo en el año 1551 y ratificado luego y ampliado con nuevos títulos –hasta 172– en el famoso “Índice” publicado en el año 1559 por el inquisidor Fernando Valdés. Así, el decreto inquisitorial no solo alcanza a la Sagrada Escritura como tal, sino también a los comentarios que se escriben sobre el texto bíblico, libros como la *Guía de Pecadores* del P. Granada y el *Audi Filia* de Juan de Avila.

Pero el hecho cierto de que Teresa no haya podido manejar la Biblia como libro completo, no quiere decir que no la haya conocido y

venerado. Las más de 600 citas que hay de la misma en sus escritos, demuestran que, a pesar de que la Biblia no era un libro a su alcance, ella la llega a conocer en profundidad, a través de otros libros plagados de citas bíblicas, o por lecturas fragmentarias de la misma que por la fuerza ha tenido que hacer.

De hecho, ella misma nos cuenta, refiriéndose al tiempo en que estuvo interna por orden de su padre en el monasterio de monjas agustinas de Santa María de Gracia en Avila, cuando apenas contaba 16 años, lo que se alegraba de poder hablar con doña María Briceño, monja agustina encargada de las jóvenes internas, por el bien que le hacía su conversación (V 3, 1).

A tenor de lo que Teresa nos cuenta, parece evidente que al menos conoce el Evangelio con cierta profundidad antes de entrar en la vida religiosa, pues medita en la oración del Huerto: “En especial me hallaba bien en la oración del Huerto...” (V 9, 4), lee la Pasión (V 3, 1), y se sirve del mismo en los razonamientos que se hace para vencer los temores y dudas vocacionales previas a su ingreso en el monasterio de la Encarnación. Leamos a la Santa:

“Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno. Y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarle” (V 3, 5).

Luego seguirá aumentando su conocimiento de la Sagrada Escritura tras la entrada en la vida religiosa, en plena juventud. Basta recordar, como dato revelador al respecto, sus lecturas obligadas del Breviario, el rezo de la Liturgia de las Horas y su participación en la Eucaristía, de la que Teresa era muy devota, así como los libros espirituales que leía de fuerte inspiración bíblica. Ella misma recuerda a sus hijas refiriéndose al Cantar de los Cantares:

“Y así lo podéis ver en el oficio que rezamos de Nuestra Señora, cada semana, lo mucho que está escrito de ello en antifonas y lecciones” (Conc 6, 8).³

³ Conc = *Conceptos del amor de Dios*.

Y lo mismo cabe decir de la Misa de cada día, como fuente de conocimiento de la Escritura al cual ya hemos hecho referencia; o la lectura de la Regla del Carmelo, que es un mosaico de citas bíblicas, para cerciorarse de su conocimiento progresivo y cada vez más profundo del texto sagrado.

Y si a esto añadimos las largas horas que dedica a la lectura durante su enfermedad, tal como lo expresa ella en V 3, 7, y que jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro entre las manos (V 4, 9), como hemos visto, que le sirviera de escudo, más su deseo de encontrar luz que le lleva a confesar que “aunque he leído muchos libros espirituales, decláranse poco” (V 14, 7), queda bien manifiesto que a través de ellos, Teresa ha conocido a fondo la Sagrada Escritura; pues, según es obvio, tales libros tienen siempre como trasfondo la palabra de Dios, según ella lo recuerda expresamente: “leí en un libro que decía San Pablo que era Dios muy fiel” (V 23, 15). De ahí que cuando se publica el famoso y citado Índice del inquisidor Fernando Valdés ella, aunque lo acepta, lo lamenta: “Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho” (V 26, 5), aunque la ocasión sirvió de pretexto para que el Señor, que le había enseñado y sostenido a través de los libros, empezase ahora a hacerlo de otro modo como dice la Santa que le dijo el Señor: “No tengas miedo, yo te daré libro vivo” (V 26, 5).

Añadamos a esto que también en el trato con los confesores y consultores, grandes teólogos y letrados en su mayoría, Teresa ha encontrado una fuente de conocimiento de la Escritura. Y es natural dado que es lo que buscaba y lo que más aquietaba su espíritu, como lo dice refiriéndose al Dr. Velásquez de Toledo. Leamos sus palabras:

“Estando yo en Palencia en la fundación que queda dicha de allí; me trajeron una carta del obispo de Osma, llamado el Doctor Velásquez, a quien siendo él canónigo y catedrático en la iglesia mayor de Toledo y andando yo todavía con algunos temores, procuré tratar, porque sabía era muy gran letrado y siervo de Dios; y así le importuné mucho tomase cuenta de mi alma y me confesase. Con ser muy ocupado, como se lo pedí por amor de nuestro Señor y vio mi necesidad, lo hizo de tan buena gana que yo me espanté y me confesó y trató todo el tiempo que yo estuve en Toledo. Yo le traté con toda llaneza mi alma, como tengo de costumbre. Hízome tan grandísimo provecho, que desde entonces comencé a andar sin tantos temores. Verdad es que hubo otra ocasión, que no es para aquí. Mas, en efecto, me hizo gran provecho, porque me aseguraba con cosas de la Sagrada Escritura, que es lo que más a mí me

hace al caso cuando tengo la certidumbre de que lo sabe bien, que la tenía de él, junto con su buena vida” (F 30, 1).⁴

3. LA BIBLIA, UN LIBRO AMADO

A tenor de las citas que Teresa hace en sus obras de la Sagrada Escritura, podemos decir que ha conocido la mayor parte de la Biblia. En sus escritos cita 47 libros del canon bíblico, lo cual no quiere decir que no conozca aquellos que no cita, más bien no los cita porque no han dejado huella en su pensamiento y su persona o no ha encontrado la oportunidad para traerlos a colación. Los más citados son los Evangelios, las cartas paulinas, los Salmos y el Cantar de los Cantares. Unas veces los cita textualmente, otras, se limita a hacer alguna referencia a hechos bíblicos y, con frecuencia y agrado perceptible, evoca personajes de la Sagrada Escritura que han tenido eco en su vida o han vivido la experiencia espiritual que Teresa quiere transmitir. Algunas citas son simplemente una referencia, otras se convierten en el punto central de su pensamiento o el fundamento de lo que quiere expresar.

Hasta tal punto la Escritura se convierte en el trasfondo de la obra y del pensamiento teresiano, que no hay libro suyo que no esté cuajado de citas bíblicas. En el *Libro de las Moradas* encontramos ciento treinta y dos; en el *Libro de la Vida* ciento dieciocho; en *Camino de Perfección* ciento cinco y en el *Libro de las Fundaciones* treinta y cuatro. Pero hemos de considerar que hay dos obras teresianas que, siendo breves, son de una densidad bíblica sorprendente. Me refiero a las *Exclamaciones* que, en apenas veinte páginas, contienen sesenta y seis citas de la Escritura y a las *Meditaciones sobre los Cantares* o *Conceptos del amor de Dios*, que constituye una obra única, atrevida, insólita, sobre todo, considerando que es una mujer del siglo XVI quien la escribe. Se trata de un comentario en clave espiritual al Cantar de los Cantares, por cuya simple traducción al castellano a fray Luis de León le costará la cárcel. Ante esto, no resulta extraño que el entonces confesor de la Santa le mandara quemar el original, y esto por alguna razón más que para probar su obediencia. El libro contiene cuarenta y dos citas de la Escritura.

Tras esta breve constatación, fruto de una lectura somera de los escritos teresianos, no cabe la menor duda de que Teresa, aunque no

⁴ F = *Libro de las Fundaciones*.

haya podido leer directa y enteramente la Biblia, ha llegado a tener un conocimiento profundo de la misma. Tanto más meritorio cuanto difícil era el acceso de la misma para una mujer de su tiempo. Pero Teresa no se arredra ante las dificultades, aunque ella misma se confiese “mujer y ruin” (V 10, 8), cuando hay una motivación seria y trascendente para obrar. Y en esta motivación es donde está la clave de ese conocimiento y amor a la Escritura profesado y confesado por Teresa.

4. LA BIBLIA, PALABRA VIVA, ACTUAL, DE DIOS

Teresa, desde niña, ha tenido una facilidad grande y extraña para hacer suyo lo que lee, identificándose de alguna manera con lo que la lectura desvela. Así lo hará con la lectura del *Flos Sanctorum* que hace con su hermano y que le lleva a ansiar y buscar el martirio en tierra de moros, sorprendida y gozosa al descubrir que la pena o la gloria era “para siempre, siempre, siempre” (V 1, 4). O con la propia lectura de lo que ella llama libros de caballerías –las novelas de la época–, que no solo aviva en ella el gusto por aquellas lecturas, que hasta parece que llegó a imitar, sino que la lleva a vivir su propio romance, ya que tal lectura saca a flote su sensibilidad femenina, que atrae a los primos, con aquel “traer galas y desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores” (V 2, 2).

Según estas consideraciones que pertenecen a la psicología de la joven Teresa de Cepeda, no tiene nada de extraño que cuando ella comienza a conocer la Sagrada Escritura, la perciba como Palabra viva de Dios, Palabra estimulante, provocadora, recién dicha para todos y a cuya eficacia no se ha podido sustraer. Y si al principio se sorprende, en su adolescencia, de que aunque leyera toda la Pasión no derramara ni una sola lágrima, no deja de sentir pena por ello y envidia de quien lo hace. Así escribe Teresa:

“Y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha envidia; porque era tan recio mi corazón en este caso que, si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima. Esto me causaba pena” (V 3, 1).

El encuentro en Hortigosa con su tío D. Pedro y las lecturas que por complacerle hace de sus libros, van a resultar en este aspecto definitivas y determinantes. Y es que, aunque la Santa no lo especifica, está claro que aquellas lecturas son lecturas que rondan la Sagrada Escritura,

y que, a través de ellas, se empieza a clarificar su vida “con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña” (V 3, 5). Pero no solo eso, Teresa confiesa que a través de esto, Dios “le forzó a que se hiciese fuerza” (V 3, 4) para definir su vida. Es así como empezó a descubrir que la Palabra de Dios es viva, actual, impulsiva, seductora.

Y con este entusiasmo de la verdad redescubierta de su infancia, que es valorar todo lo humano como vanidad frente a la trascendencia de Dios, se afianza en ella otro valor que va a ser igualmente definitivo en su vida: el amor a la verdad que va a guiar todos sus pasos, tan habituada a “entender lo que es verdadera verdad, que todo lo demás le parece juego de niños” (V 21, 9). Y esa verdad verdadera no es otra que Dios mismo, “verdad sin principio ni fin, ya que todas las demás verdades dependen de ella” (V 40, 4).

Ahora bien, esta verdad suprema con la que debemos verificar y contrastar nuestras pequeñas verdades, es precisamente la que contiene y revela la Sagrada Escritura. Y confirmando esta certeza de Teresa, le dirá el Señor en una de sus gracias místicas: “Todo el daño que viene al mundo es por no conocer la verdad de la Escritura con clara verdad, no faltará una tilde de ella” (V 40, 1). Y ésta es la razón por la que Teresa buscará siempre el parecer de los letrados para no equivocarse siguiendo seducida sus propias verdades personales. Incluso, puesta a elegir, prefiere contar con los letrados antes que con los espirituales que no tengan letras convencida desde la experiencia de que “buen letrado nunca me engañó” (V 5, 3), porque, como ella explica, aunque no sepan las cosas por experiencia, que tanto vale ciertamente en los caminos del espíritu “en la Sagrada Escritura que tratan, siempre hallan la verdad del buen espíritu” (V 13, 18). Y de ahí su gozo singular cuando encuentra alguno específicamente versado en la Escritura, como era el Dr. Velásquez de Toledo, del cual ya hemos hablado (F 30, 1).

Importa también tener en cuenta este dato que plantea Teresa de la relación entre la vida espiritual y la Sagrada Escritura, porque ilumina el sentido de su acercamiento y su lectura de la Biblia. Y es que, como es obvio, Teresa no es un exegeta que busca precisar el sentido hermenéutico de cada cita que hace de la Biblia. Teresa es una mujer sin formación bíblica específica, que busca y ama la verdad y que, dado su nivel de compromiso con Dios, con la vida espiritual a la que se siente empujada y atraída, lo que busca en la Escritura es una luz, un alimento para su

vida espiritual. Su lectura de la Sagrada Escritura es en clave espiritual, desde su interioridad.

Ciertamente, en sus escritos no faltan ocasiones en que Teresa se atiene al sentido literal de la Escritura, como al citar a Lucas que dice de Jesús que “vivía sumiso a sus padres” (V 2, 51), de donde ella deduce el poder de san José, ya que si Jesús le ha obedecido en la tierra, “que como tenía el nombre de ayo, le podía mandar” (V 6, 6), así “en el cielo hace lo que le dice”. O el texto de san Pablo donde dice que las mujeres en la Iglesia callen, que impide a las mimas la predicación.

Tampoco faltan referencias bíblicas que Teresa interpreta en un sentido que podemos calificar de “acomodaticio” donde, partiendo de lo que dice la propia Escritura, se hace la trasposición hacia otra realidad, por semejanza de causas o efectos. Como cuando dice Jesús: “He deseado ardientemente celebrar la Pascua con vosotros” (Lc 22,15), que Teresa interpreta como el deseo de la entrega de la Eucaristía; o el texto famoso del agua viva que Jesús ofrece a la Samaritana, y que ella identifica con la contemplación.

Pero lo que Teresa busca, sobre todo, es descubrir, cada vez con mayor profundidad, lo que Dios le pide para darle una respuesta siempre más generosa, buscando la identificación más plena con los sentimientos de Cristo. En definitiva, lo que ella quiere, desde esa lectura espiritual e íntima de la Biblia, es conocer y experimentar más el amor de Dios, su designio, y darle, inducida y guiada por su Palabra, una respuesta más total.

5. PALABRA DE DIOS EXPERIMENTADA

Teresa, de hecho, tanto se ha acercado a la Sagrada Escritura con esta disposición e intención, con este ánimo, que bien puede decirse que la Santa ha tenido una experiencia mística de la Palabra. Hablándonos de la oración de quietud ella nos recuerda, que me “ha acaecido estando en esta quietud, con no entender casi cosa que rece en latín, en especial del salterio, no solo entender el verso en romance, sino pensar más adelante en regalarme con lo que el romance quiere decir” (V 15, 8); y más adelante cuenta en el libro de la Vida un caso bien concreto del salmo 41:

“Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando a sí misma ¿Dónde está tu Dios? Es de mirar que el romance

de estos versos yo no sabía bien el que era, y después que lo entendía me consolaba de ver que me los había traído el Señor a la memoria sin procurarlo yo” (V 20, 11).

Insiste sobre lo mismo en el prólogo de los *Conceptos del amor de Dios*.

Repasando las relaciones que hace de las gracias místicas recibidas, vemos que se refiere más de una vez a las que han tenido lugar en torno a la Sagrada Escritura. Tanto al oír las palabras de los Cantares (R 24) como del Magnificat (R 2). Con textos del evangelio (R 36) y de las cartas paulinas, precisamente aludiendo al texto de 1Cor 14,34, donde alude al papel de las mujeres, y sospechando que con el mismo esté manifestándole el Señor su voluntad de que no funde más conventos y se retire, le dirá el Señor para orientación de sus consultores:

“Diles que no se sigan por una sola parte de la Escritura, que miren otras. Y que si podrán, por ventura, atarme las manos” (R 19).

Así, podemos afirmar con toda seguridad que la experiencia mística que Teresa ha tenido de la Escritura, ha desarrollado en ella el amor por la misma, su convencimiento de que a través de ella Dios mismo manifiesta y revela su designio, prestándole por lo mismo una fe más convencida, pues como nos dice Teresa en las *Moradas*, aludiendo a la inhabitación de la Trinidad en el alma:

“¡Oh, válgame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son” (7M 1, 7).⁵

Y como su fe, como la fe de cualquier creyente si es auténtica y viva, no es una simple iluminación intelectual para comprender verdades más o menos subidas, sino ante todo un impulso cordial, vital que llega a traducir en obras lo que se cree, debemos recordar y reconocer que merced a esta fe absoluta que Teresa presta a la Palabra de Dios, su vida se ha ido llenando de la misma, para luego irse modelando conforme a la exigencia de la Escritura, que se convierte para ella en norma segura de vida. Dice ella:

“Y así lo he visto, sea el Señor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de Dios, que no los sabría yo decir como lo entiendo, y la lástima que me hacen los que

⁵ M = *Libro de las Moradas*.

veo con la oscuridad que están en esta verdad, y con esto otras ganancias que aquí diré y muchas no sabré decir. Díjome aquí el Señor una palabra de grandísimo favor. Yo no sé cómo esto fue, porque no vi nada; mas quedé de una suerte que tampoco sé decir, con grandísima fortaleza, y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina. Parécese que ninguna cosa se me pondría delante que no pasase por esto” (V 40, 2).

Y en R 3, 13⁶ hablando del examen y juicio que ha buscado en los confesores sobre su vida y sus experiencias místicas confiesa humilde, pero satisfecha “Ninguna cosa han hallado que no sea muy conforme a la Sagrada Escritura, y esto me hace estar ya sosegada”. De modo que al fin, su amor a la Escritura y su amor a la verdad, la otra gran pasión de su vida, se funden en el mismo objetivo: vivir y leer su vida al trasluz de la Palabra de Dios, dejándose guiar por ella.

Y partiendo de esa asimilación vital de la Sagrada Escritura, su gran gozo era, precisamente, el de identificarse con los personajes bíblicos, que son los que encarnan las situaciones más nobles ante Dios. Bien sea el rey David que llora su pecado, o el profeta Elías con su hambre incansable de Dios. Job con su ilimitada paciencia y fe o Pedro con su amor apasionado. Pablo o la Magdalena en su enamoramiento de Jesús. O la Samaritana tan ansiosa y necesitada del agua. A todos admira y envidia por más que luego, su fe viva le lleve a satisfacerse en ella, sin añorar a los que pudieron vivir con el Señor. Escribe la Santa:

“Mas esta habíala dado el Señor tan viva fe, que cuando oía alguna personas que querían ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que, teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más se les daba? (C 34, 6).⁷

Se trata de una identificación que no queda, por supuesto, en la simple admiración, sino que busca el recrear sus actitudes. Especialmente la de los personajes evangélicos, acogiendo en su corazón a Jesús como hicieron las hermanas de Lázaro en Betania (R 26), llorando a sus pies como la Magdalena (C 34, 7), buscándole ansiosa como la Samaritana (V 30, 19) o acompañándole en la soledad del Huerto más allá de lo que hicieron los apóstoles (V 9, 4).

⁶ R = *Las Relaciones*.

⁷ C = *Camino de Perfección*.

Y una vez verificado este puesto central que la Escritura tiene en la vida de Teresa como luz que la orienta y crisol de su veracidad, solo nos queda por ver el papel que la Escritura tiene en su espiritualidad, en la transmisión de su experiencia y doctrina para los demás.

6. LA BIBLIA, FUENTE DE SU ESPIRITUALIDAD

Dando por suficiente lo dicho para constatar la importancia de la Biblia en su itinerario espiritual, recordemos brevemente cómo algunos de los grandes planteamientos doctrinales de Teresa parten de la Sagrada Escritura la cual se convierte así en el núcleo y la fuente de la espiritualidad teresiana.

Comenzando por su autobiografía que ella quiso fuera, recordando el salmo 88, el libro de las “Misericordias del Señor”. Afirma Teresa: “¡Y con cuánta razón las puedo yo cantar para siempre!” (V 14, 10). La autobiografía teresiana es una especie de salmo en el que recordando su vida, desde la infancia a la madurez, lo único que pretende es contar la Historia de la Salvación de Dios para sus elegidos, el triunfo de la gracia sobre la debilidad humana. “Que en verdad, cierto muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias” (V 4, 30); la Santa tiene un propósito bien concreto, pretende “engolosinar” a las almas, convencerlas de que cualquiera recibirá esas mismas gracias si deja obrar a Dios en su vida, como ella lo ha hecho.

Haciendo melodía a este trasfondo del salmo, aparecen luego en el texto otras referencias bíblicas, principalmente del Evangelio, algunos de cuyos personajes se evocan repetidas veces, como Pedro, Marta, María la Magdalena (V 22, 12); así como la parábola del Hijo pródigo o la dracma perdida (V 16, 3). También las epístolas de san Pablo, con especial gusto el texto de Gálatas que ella repite complacida en otros escritos: “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (2, 20), amén de otros salmos y libros del Antiguo Testamento, como el Cantar de los Cantares (V 4, 1; 5, 1, etc.).

En la misma línea temática de Vida habría que situar el libro de las *Fundaciones*, que prosigue el relato autobiográfico, como un nuevo salmo que canta las misericordias del Señor, aunque en un nuevo horizonte, que ya no es el de su alma, embargada por la gracia del Señor, sino el de

la obra realizada por medio de Teresa para gloria de Dios, para que se vea como ella reclama “que estas casas, en parte, no las han fundado los hombres, las más de ellas, sino la mano poderosa de Dios, y que es muy amigo Su Majestad de llevar adelante las obras que El hace, si no queda por nosotros” (F 27, 11). Ciertamente es el libro que menos referencias explícitas ofrece de la Biblia, aunque no faltan las habituales del Evangelio (F 5, 5; 15, 17), el salterio (F 17, 9-10) y san Pablo (F 5, 3; 8, 5), ceñido como está el relato de las andanzas fundacionales. Pero en él se entrevé como en ninguno, por lo que tiene de humano y a la vez de relato de una acción sorprendente de Dios, esa Historia de Salvación que Dios escribe, valiéndose de nuestra mediación y nuestras debilidades.

El trasfondo bíblico de otras obras mayores, como *Camino de Perfección* no necesita de exaltaciones. Baste decir que segunda parte de la obra es una glosa del Padrenuestro, paladeando el texto de Mt 6,7-13, que ocupa los capítulos 19-42 de este libro, mientras que en la primera se dedica a ponderar la necesidad de las virtudes evangélicas de amor (c. 4-7), desasimiento y abnegación (c. 8-13) y humildad (c. 15-18). Todo el libro es una invitación a cumplir la consigna del Evangelio de velar y orar (C 7, 6). De esta manera se comprende y explica la abundancia de citas bíblicas con que está enriquecido, del Evangelio, de las cartas de san Pablo y de los Salmos.

Finalmente, la otra obra teresiana que es el *Castillo Interior* o las *Moradas*, no solo abunda en referencias bíblicas, sino que tiene como eje algunas de sus revelaciones más iluminadoras, partiendo de las palabras de Jesús “dice el Evangelio que dijo el Señor, que vendrían El y el Padre y el Espíritu Santo a morar en el alma que le ama y guarda sus mandamientos” (7M 1, 6). Desde esa realidad de la presencia permanente que por gracia Dios mantiene en el alma, fiel a su amor de Padre y Creador, hasta esa vida nueva que se alcanza en la unión transformante con Cristo. La mariposa que nace del gusano de seda (5M 2, 2) vuelve a recordar lo dicho y sentido por el Apóstol en Gal 2,20 “No soy yo quien vive, es Cristo que vive en mí”. La misma defensa apasionada que Teresa hace de los textos, defendiendo la necesidad del recurso a la Humanidad de Cristo, contra el parecer de no pocos doctos y espirituales de su tiempo, tiene su referencia bíblica que recuerda la conveniencia de “que El se fuese” (Jn 16,7). Y argumenta Teresa: “Yo no puedo sufrir esto, a usadas que no lo dijo a su madre sacratísima, porque estaba firme en la fe, que sabía que era Dios y hombre” (6M 7, 14).

Lo cierto es que no hay Morada sin alusión bíblica, y que en ellas se alude expresamente a figuras bíblicas que encarnan las actitudes que el propio cristiano ha de tener si quiere llegar a la meta: Pablo y la Magdalena (7M 2, 7) nos estimulan a la conversión. David, Salomón y Judas (5M 4, 7) a vivir precavidos sin fiarnos de nosotros mismos. El Hijo pródigo al reconocimiento del error y a la confianza ilimitada en Dios (6M 6, 10). Los jornaleros de la parábola a aceptar agradecidos la largueza de Dios, nunca merecida, trabajando gozosos y sin reclamaciones, como siervos inútiles (3M 1, 8).

Una palabra especial merece el librito de *Conceptos del amor de Dios*, meditaciones espirituales sobre el libro bíblico El Cantar de los cantares. Ofrece una serie de consideraciones sobre la vida espiritual tomando como punto de partida el libro del Cantar de los Cantares. Y en concreto algunos breves fragmentos del mismo (1,2-3; 2,3-5). Ella escribe desde una experiencia viva y mística del libro según confiesa en el número uno de prólogo cuyo texto transcribimos:

“Viendo yo las misericordias que nuestro Señor hace con las almas que traía a estos monasterios que Su Majestad ha sido servido que se funden de la primera Regla de nuestra Señora del Monte Carmelo, que a algunas en particular son tantas las mercedes que nuestro Señor les hace, que solas a las almas que entendieren las necesidades que tienen de quien les declare algunas cosas de lo que pasa entre el alma y nuestro Señor, podrán ver el trabajo que se padece en no tener claridad habiéndome a mí el Señor, de algunos años acá, dado un regalo grande cada vez que oigo o leo algunas palabras de los Cantares de Salomón, en tanto extremo que sin entender la claridad del latín en romance, me recogía más y movía mi alma que los libros muy devotos que entiendo; y esto es casi ordinario, y aunque me declaraban el romance, tampoco le entendía más [...] que sin entenderlo mi [...] apartar alma de sí”.⁸

Y desde la vivencia de esta experiencia ofrecerá no pocas consideraciones y enseñanzas sobre la paz del alma y la oración de quietud y unión, sin que falten referencias a los libros de la Escritura como el Evangelio, con la evocación de las mujeres más cercanas a Jesús: La Virgen (6, 7), María, Marta, la Magdalena, y otras escenas como Pedro echándose al mar (2, 29) o las parábolas del rico Epulón (2, 8) o las diez vírgenes (2, 5).

⁸ Laguna de 5 líneas en el códice de Alba; a causa de que queda suspenso el sentido.

Finalmente, como ya se ha apuntado, entre todos sus escritos por la abundancia proporcional de citas de la Escritura, merece advertencia el de las *Exclamaciones* que bien podemos decir que es su salterio particular. El libro de las *Exclamaciones*, en sus 24 páginas cuenta con más de 45 referencias bíblicas, entre citas explícitas y alusiones o resonancias. Sus páginas, de alto saber bíblico, nos hablan de la gran experiencia y asimilación que la Santa había logrado de la Palabra de Dios, como fuente límpida de su vida. Son meditaciones que discurren al hilo de textos bíblicos, de contenidos escriturísticos que respiran aromas de Escritura santa. Meditaciones que brotan de la vida divina intensa y especialmente vivida, que es la Palabra de Dios. Son fruto y expresión de muchas horas de recuerdo, de rumia interior viva, de experiencias espirituales cálidas de la palabra viva y vivificadora de Dios. Se trata de breves páginas en las que la Santa confiesa y desvela sus sentimientos más íntimos, desde la pena por la ausencia de Dios, al lamento por el tiempo perdido, pasando por la ponderación de la entrañable misericordia de Dios, que son siempre temas a flor de pluma para Teresa. Y para ello, abunda en citas de los Salmos y de los Evangelios, que son los libros más saboreados por la Santa. Prácticamente todas las exclamaciones tienen alguna referencia de la Escritura, y alguna de ellas, como la última, nada menos que nueve, hilvanando el texto de apenas dos páginas.

Añadamos todavía, porque no falte la referencia a todos los escritos teresianos, que también las *Poesías* tienen no pocas veces su trasfondo bíblico, con referencias explícitas a sus personajes, como David, Job, Jonás, José, los Apóstoles; Egipto, la tierra prometida, el Tabor, la Cruz, el Calvario, etc., amén de la glosa ingenua y enamorada de la Humanidad de Cristo, que son los villancicos.

Y hasta una página tan singular y original como el *Vejamen*, en la que la autora nos da una muestra exquisita de su humor, hace eco a unas palabras de la Sagrada Escritura. Como traerá a colación, con frecuencia, en el *Epistolario*, citas y hechos bíblicos.

Hecho este somero balance de sus libros, bien cabe decir que por la pluma de Teresa, así como por su experiencia, pasan los principales temas de la espiritualidad, iluminados por una palabra viva y cálida, como ella la siente, de la Escritura. Desde el mismo misterio Trinitario, del que tiene experiencias místicas repetidas (V 27, 9) y su inhabitación en el alma del justo (V 38, 9-10), hasta la necesidad del recurso a la meditación de

Cristo y su humanidad (V 22), pasando por la obra que hace el Espíritu en las almas, y en María en particular (Conc 5, 2).

Creemos que lo dicho, por más que sea sumariamente, es suficiente para demostrar la fuente de inspiración que la Biblia ha supuesto para Teresa, y señal evidente del amor y veneración que ella sentía por la misma. Así como la fe, sencilla y honda que presta a todas las Palabras de la Escritura. De ahí el consejo práctico, nacido como siempre de su experiencia, que ella da a sus monjas respecto a Escritura y que tan lejos está de aquella postulante “letrera” que venía con su Biblia al convento y a la que la Santa no aceptó. Decía ella: “Jamás en cosa que no entendáis de la Escritura, ni los misterios de nuestra fe, os detengáis más ni os espantéis” (Conc 1, 7).

CONCLUSIÓN

Después de haber estudiado el lugar que ocupa la Palabra de Dios en la experiencia y en los escritos de Teresa de Jesús, podemos formular las siguientes conclusiones:

Teresa de Cepeda es hija de su tiempo, mujer que vive en la España del siglo XVI. Esto significa que es una mujer sin la formación que puede tener una mujer en la actualidad; sin embargo, no es inculta, sabe leer y escribir, su cultura sobrepasa el nivel medio de la cultura de la mujer de su época.

Pero no es ésta la única limitación que tendrá que sufrir Teresa de Jesús. En la época de la Santa, la Biblia es un libro escaso y difícil; solo circula en latín, no existen traducciones castellanas, ni siquiera parciales, y esto debido al Índice inquisitorial promulgado por Fernando Valdés.

Teresa, no conocedora del latín, no tendrá acceso directo a la Palabra de Dios. Se tendrá que contentar con leer algunas referencias bíblicas que encuentra en los libros espirituales a los que tiene acceso y con los textos que se leen en la Liturgia de las Horas y en la Eucaristía. Añadamos a esto las consultas que hará a los “letrados”, conocedores del texto bíblico, y en los cuales encontrará información y discernimiento. Tampoco hemos de olvidar que Teresa, antes de la promulgación del Índice inquisitorial, ha tenido la posibilidad de leer las traducciones fragmentarias que existían de la Biblia.

Vemos pues, que Teresa no es ignorante en materia bíblica, como lo demuestra el uso que hace de ella en sus escritos, solo que su conocimiento es un tanto peculiar. Ella no es exegeta, no tiene un conocimiento técnico de la Sagrada Escritura, tampoco le importa ni le preocupa. Su conocimiento del texto bíblico es un conocimiento de ideas, no de referencias; ella sabe que lo dice la Biblia, aunque no sepa dónde; pero esto le basta para su propósito.

Para ella, la Sagrada Escritura es fuente de vida espiritual y punto de referencia objetivo a la hora de discernir y orientar la misma; y desde ahí, la base sobre la cual fundamenta sus escritos y su magisterio, como hemos tenido ocasión de comprobar.

Su falta de “cultura bíblica” va ser compensada generosamente por su “sensibilidad bíblica”. Las palabras del texto sagrado van a tener una incidencia decisiva en su vida hasta el punto de que la van a modelar, transformar, convirtiendo su vida en historia de salvación.

Ciertamente no es exegeta, no llega a la comprensión de los textos a través de un estudio técnico y sistemático, sino a través de la experiencia de los mismos. Teresa entenderá los textos cuando los haya experimentado. Podemos decir, pues, que es exegeta desde la experiencia.

Así, y esta es nuestra última palabra, para Santa Teresa la Palabra de Dios es una palabra autorizada, regla de vida; conoce y venera la Sagrada Escritura, es la base de su experiencia de Dios y de su doctrina. Su cultura bíblica es de ideas y su única vía de conocimiento es la experiencia.